

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

*DOMINE JESU-CHRISTE FILII
DEI VIVI.*

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. 8. v. 35.

*¿Quién nos separará del amor de
Cristo.*

PARA que pudiesemos decir con la misma confianza que el Apóstol *quién nos separará del amor de Jesu-Cristo*: deberíamos tener la fé de un Mártir, pero el conocimiento íntimo de

nuestra flaqueza, y la muchedumbre de pecados cometidos no nos dexan hablar de esta manera, y nos inspiran el mayor temor. Sin embargo la Iglesia nos impone esta ley en la oracion que vamos á explicar enseñándonos á pedir á Jesu-Cristo, que la union que se propone contraer con nosotros en la participacion de su Cuerpo adorable sea una union permanente, y que los enemigos visibles é invisibles, los males presentes y futuros no sean jamas causa de una separacion que es para nosotros el mayor de todos los males. Apliquémonos pues á meditar la primera de las dos oraciones que ha consagrado la Iglesia para prepararnos á la santa Comunion; y aunque su objeto, como el de todas las anteriores, sea disponernos para la misma accion; ella mira esta accion baxo un nuevo punto de vista que nos va á suministrar nuevas reflexiones. ¡Oxalá que animados de una viva fé, siempre que la recitamos, procuremos penetrar su sentido! ¡Oxalá que la costumbre y la rutina no nos hagan insipidas unas palabras que ha dictado el espíritu de religion, así para nuestra enseñanza, como para nuestro consuelo!

Ya que la intencion de la Iglesia en las dos oraciones que preceden inmediatamente á la Comunión es de preparar á los fieles para que reciban este Sacramento adorable, es indispensable que conozcan y entren en sus motivos, y que se acerquen á la circunstancia en que las aplica. Es verdad que todas las oraciones de la Misa, y principalmente las que siguen á la consagracion pueden mirarse como una preparacion para esta accion santa, que es la consumacion del Sacrificio; pero estas dos son como la expresion de las disposiciones próximas que exige este augusto Sacramento. Ellas no se dirigen ya á Dios Padre, á Dios Todo-poderoso, al Espíritu Santificador; y sin embargo de que la Iglesia en los homenajes y votos que presenta á la Divinidad en este Sacrificio, no hace distincion de las tres personas adorables, con todo invoca de una manera especial en estas oraciones la persona de Jesu-Cristo. Pero qué es lo que le dice, ó por mejor decir, que debemos decirle son ella quando asistimos á esta tremenda oblacion, y sobre todo quando nos presentamos en el Al-

tar para recibir la víctima? Penetrémosnos, hermanos míos, de los sentimientos que nos inspira la religion quando nos acercamos á este divino banquete.

O Señor Jesu-Cristo, Hijo de Dios vivo, le dice: ella le mira baxo esta qualidad, porque es la mas propia para interesar el cielo en nuestro favor, y excitar en nuestro corazon el respeto y la confianza. Sí, él es Hijo de Dios vivo, igual, á su Padre en bondad, en poder y en sabiduría: Eterno, como su Padre, aunque formado en la plenitud de los tiempos en el seno de una vírgen y reproducido en alguna manera por el ministerio del Sacerdote: inmenso como su Padre, aunque contenido baxo las especies del pan y del vino, y encubierto baxo unas viles y despreciables apariencias: glorioso como su Padre, aunque reducido por su amor al estado mas abatido, y destinado á sufrir por los abusos que quizá van á hacer los pecadores, los ultrajes mas ignominiosos: en una palabra vivo como su Padre, aunque consagrado á la inmolacion y al Sacrificio. Este es el Dios que la Iglesia propone á nuestra adoracion; y

en efecto baxo el título de Hijo de Dios vivo no puede ménos de excitar nuestros respetos: ved ahora los motivos que deben mantener nuestra confianza.

Aunque Hijo de Dios, é igual á su Padre, él se hace su siervo mas fiel por nosotros. Todo quanto ha obrado en el órden de la salvacion ha sido por la voluntad del Padre. Esta voluntad es la que ha determinado el tiempo, el lugar, y las circunstancias de su Encarnacion: ella es la que ha influido sobre todas sus acciones en los dias de su vida mortal: el momento de sus humillaciones, de sus tormentos, y de su sacrificio habia sido señalado en los decretos de su Padre, y la oblacion que hace de sí mismo en el Altar, es un acto de sumision á esta voluntad absoluta; y como la voluntad del Padre es siempre santa, siempre misericordiosa, siempre inspirada por su amor á los hombres, el espíritu de caridad, el espíritu santificador es quien ha coooperado á todas las obras y acciones del Hijo. Este espíritu es el que formó de la sangre mas pura de María el mas santo de los hijos de los hombres, y el que forma entre las manos de los

Sacerdotes la mas santa y mas excelente de las víctimas. Así este gran misterio es la obra del Padre que le exige, del Hijo que le obra, y del Espíritu Santo que le santifica; y asimismo la continuacion del misterio de la cruz donde la muerte de un Dios ha dado la vida al mundo. ¡Qué prodigio! Un Dios muere, y el mundo es vivificado: la cédula de la muerte está clavada sobre su cruz. ¡O muerte! ¡En dónde está tu victoria? ¡En dónde tu aguijon? Todos los dias, y mil veces al dia se renueva el mismo sacrificio para que tú no olvides tu derrota. Una muerte nueva en alguna manera obra una vida nueva. Las nuevas víctimas de la muerte resucitan todos los dias por la virtud de este sacrificio. La voluntad perseverante del Padre, esa voluntad que no quiere que perezca el pecador, sino que viva; esa voluntad misericordiosa se cumple tan completamente como puede desearse. El hijo obediente siempre se sacrifica, y el espíritu siempre santificante nos aplica de nuevo este Sacrificio. Por tanto diremos lo que decia el mas paciente de los hombres. *Estoy cierto que*

mi Redentor está vivo, y que he de resucitar en el último dia: la prueba mas sólida y el motivo mas firme de esta esperanza le tenemos en el misterio de que vamos á participar. Sí, siempre que asistimos al Divino Sacrificio, vemos que Jesu-Cristo en alguna manera muere, y resucita; es decir, que muere por nuestros pecados, y que resucita para nuestra justificacion. Nuestros pecados los vemos destruidos de nuevo por la muerte, y obrada de nuevo nuestra reconciliacion con Dios. En este misterio tenemos una prenda segura, y siempre subsistente de la muerte al pecado y de la Resurreccion á la vida. ¡O muerte, mil veces mas preciosa que la vida colmada de delicias! ¡O vida, ó Resurreccion digna tú sola de fixar nuestras esperanzas en la tierra! Tú eres el fruto del Sacrificio que Jesu-Cristo renueva todos los dias por nosotros: llenos pues de esta confianza exclamaremos diciendo: *libranos, Señor:* tú has roto ya nuestras cadenas aplicándonos en el bautismo el fruto de tu Sacrificio; pero el tirano infernal que procura cautivarnos, y á quien has hecho cautivo; ese leon devorador, de cuya

boca nos has arrancado; ese fuerte armado á quien has quitado los despojos, procura hacer nuevas conquistas. Muchas veces viene con esos siete espíritus mas malos que él á presentarnos nuevas cadenas: *libranos, Señor.* Tu cuerpo mas impenetrable que esa columna tenebrosa que se interpuso en otro tiempo entre los Egipcios y el pueblo de Israel, mas luminoso para nosotros que esa columna resplandeciente que iba delante de tu nacion escogida para dirigirla, pondrá delante de nuestros enemigos una muralla inconquistable. A la sombra de este cuerpo gozaremos de la feliz libertad de los hijos de Dios, y tu sangre ahogará y borrará todos nuestros pecados, destruirá nuestros enemigos, y nos servirá de paso para caminar por el desierto de esta vida, como en otro tiempo el mar Roxo libertó y dió paso á tu pueblo, y sepultó en su seno á los soldados de Faraon. Dexaremos detras de nosotros esa muchedumbre de descuidos en que caemos sin sentir, y esos pecados que nos degradan á tus ojos: tus enemigos serán los nuestros, y renunciaremos como tu pueblo á las falsas delicias del

Egipto; es decir, á las alegrías del siglo, á los bienes de la tierra, á los honores del mundo; y acordándonos de la esclavitud de que nos has librado, y satisfechos de vernos preservados de todas las iniquidades que se cometen por su causa, miraremos como esclavo á qualquiera que lleve con gusto estas seductoras y funestas cadenas. Si la vida nos parece un verdadero destierro, una verdadera peregrinacion, un viage largo y penoso, traeremos á la memoria como tu pueblo la tierra que prometes á los que te siguen, y los consuelos que reservas en este desierto para los que te aman. Si la sequedad, y la aridez de la oracion desconsuela nuestras almas, y es causa de que desfallezcan, encontraremos en tu sacramento esa piedra viva, cuyas aguas resaltan hasta la vida eterna. Si nuestras pasiones semejantes á los Amalecitas, que perseguian y fatigaban á tu pueblo, nos declaran la guerra, levantaremos las manos ácia este augusto Sacramento; tú mismo serás quien las dé fuerza para el combate, y entónces conseguiremos la victoria. Si el hambre nos devora, si nos consume la necesidad, si el alma por la escasez

de los alimentos que necesita para sostenerse, viene por ventura á desfallecer, encontraremos un maná, cuya dulzura excede á la miel mas exquisita y sabrosa. Si tu justicia permite que nos hiera la serpiente antigua, y que lance contra nosotros su veneno, encontraremos en este misterio mismo la curacion de nuestras llagas, teniendo presente que tu Sacrificio es el que comunica su valor y su eficacia á tus Sacramentos. Este es el único auxilio que nos queda para curarnos y preservarnos del diluvio de males que nos rodean. De aquí es de donde sacaremos esa fidelidad que sabe hacer un estudio continuo de la meditacion de tu ley, y sus mas dulces delicias de la práctica de ella. Haz pues que por la virtud de este Sacramento estemos inviolablemente unidos á tus mandamientos; haz que sometiéndoles nuestro espíritu, los adoremos sin racionar; que consagrándoles nuestro corazon, los amemos como merecen; que cautivando nuestra voluntad, los guardemos con todo rigor, y que sacrificando nuestro cuerpo, le obliguemos á conformarse con ellos. Haz sobre todo que tomemos la cari-

dad en su origen; y pues que habiendo amado á los tuyos, los amaste hasta el fin, haz que te amemos tambien sin interrupcion; que te amemos á pesar del rigor de tu justicia; que te amemos en la prosperidad como en la desgracia, y en la salud como en la enfermedad; que te amemos con el mismo amor que nos has amado hasta sacrificararnos por ti; es decir, hasta consagrarnos enteramente á ti: en fin haz que amemos á nuestro próximo por ti, en ti, y como tú le has amado, porque en esto consiste toda la ley que nos has impuesto. Vamos á unirnos contigo en tu sacramento, ó por mejor decir, te vas á unir á nosotros haciendo-nos otros que tú; y así viviremos de tu espíritu, participaremos de tu divinidad, nos identificaremos contigo, como tú eres uno con tu Padre y con el espíritu santificador. Tú vas á crear en nosotros nuevos cielos y nueva tierra; todo lo que te adora en el cielo te adorará dentro de nosotros mismos: todo lo que hay en nosotros se unirá con ese coro concertado de Angeles para tributar las adoraciones debidas á tu nombre santo. Nuestros huesos brinca-

rán de alegría, y exclamarán diciendo: ó Dios de bondad, ¿quien es semejante á ti? Nuestro corazon reconocerá lleno de gozo que el Dios vivo es el que habita en los cielos; entónces nos dirán todas las criaturas para felicitar-nos: el Santo de Israel está en medio de vosotros. ¡Union inefable, gloriosa alianza! Nuestro esposo para que seamos dignos de él nos ha vestido con sus mas ricos adornos; él va á tomar posesion de nuestras almas como que son el tálamo nupcial que se ha preparado, y segun su palabra moraremos en él, y morará en nosotros, nos santificará con su gracia, nos enriquecerá con sus dones, nos cubrirá con sus alas, nos conducirá con su sabiduría, nos defenderá con sus fuerzas, nos colmará de su alegría, y nos llenará de su gloria. Alma mia, podremos decir entónces, recreate, y mira que dulce es el Señor, que bueno para los que le aman, que rico en los favores que prepara su misericordia; pero no te contentes con gozarle rápidamente, porque seria la mayor y mas vergonzosa de las desgracias, el violar tan santa alianza, el romper tan bella union. Señor, no per-

mitas que el pecado nos separe de ti, no permitas que se nos arguya un dia de que siendo como eres la fuente de agua viva, te hemos dexado para apagar nuestra sed en esas cisternas abiertas que solo contienen un cieno corrompido. Es verdad que tendremos mil enemigos envidiosos de nuestra felicidad, que nos esperarán al salir de tu mesa para apartarnos de tu servicio, é introducirnos por caminos tortuosos para que nunca podamos volver á ti: ellos nos dirán como los pecadores de quienes habla tu Escritura, venid con nosotros; pero tú, Señor, inspiranos esa union que experimentaba el Príncipe de tus Apóstoles, quando nos decia: ¿á quién iré, y en dónde sino en ti encontraré palabras de vida? Unenos pues á ti con los lazos de la caridad que son mas fuertes que la muerte, y haz que podamos desafiar al infierno y á sus artificios, al mundo y sus atractivos, á la muerte y al terror que inspira: auxiliarnos para que no nos separemos nunca de tu amor. Haz que todo anuncie en nosotros que somos tuyos, que vivimos de tu espíritu, que nos ilumina tu verdad, que tu caridad nos inflama, que

tu humildad nos dirige, que tu ley nos guia, que tu cruz hace nuestras delicias, y que podamos decir como tu Apóstol que llevamos sobre nuestro cuerpo las señales de tus llagas por la mortificacion y la penitencia. ¿Qué dulce es el no vivir sino por ti; pero qué triste cosa es el verse separado de ti despues de haber sido tuyo, y haber estado unido á ti con vínculos tan fuertes y tan estrechos!

He aquí, hermanos míos, una corta expresion de los sentimientos que nos inspira la oracion que dice el Sacerdote en su nombre y en el de toda la Iglesia. Un corazon verdaderamente animado del amor de Dios, en el momento de la Comunión se siente íntimamente penetrado de ellos, y Jesu-Cristo que se complace en santificar las almas que quiere honrar con su presencia, se explica con ellas de una manera mucho mas viva y sensible. La Iglesia en los primeros siglos no habia consagrado aun estas dos oraciones, y dexaba á sus Ministros y á los fieles la libertad de alimentar su alma delante de Jesu-Cristo, segun los sentimientos de qué abundaba su corazon. Esta

es la causa de que en muchos sacramentarios se encuentren tan variadas; pero sin embargo, aunque se diferenciaren en el estilo, entraban siempre en el mismo espíritu. En efecto ellos mostraban á Jesu-Cristo una humilde confianza, un vivo reconocimiento, y el temor necesario, ó de llevar al Altar disposiciones insuficientes, ó de perder de vista la grandeza de sus beneficios. Dexemos pues á nuestro corazón algunas veces el cuidado de probar á Jesu-Cristo nuestro amor y gratitud; y quando nos auxiliemos con estas oraciones para excitar en nuestras almas sentimientos tan santos, tengamos muy presente que su sangre, que es nuestra vida en este sacramento, es tambien, si somos fieles, la prenda de la bienaventuranza eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

PERCEPTIO CORPORIS TUI.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS,
cap. 11. v. 39.

Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio.

ESTAS palabras parecen á primera vista mas propias para desanimar á los Cristianos que para fortalecer su confianza. Hemos mirado hasta de presente la santa Eucaristía como un Sacramento de amor de parte de Jesu-